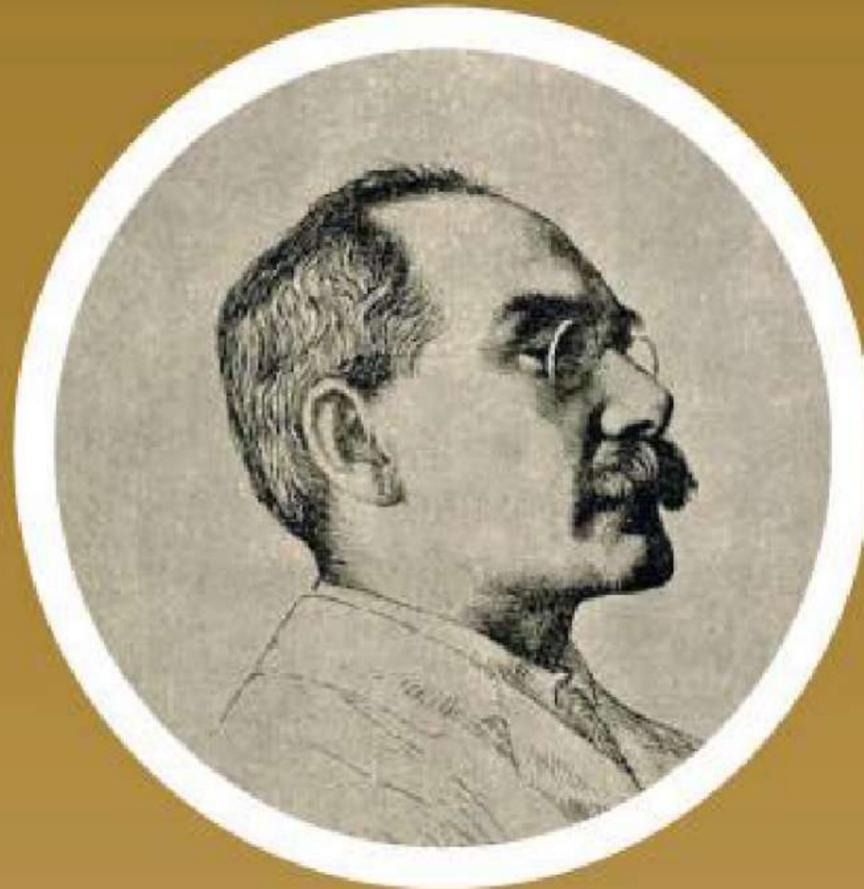


Rudyard Kipling

14

ALGO DE MÍ MISMO



ALGO DE MÍ MISMO

Rudyard Kipling

Algo de mí mismo (fragmentos)

Selección y comentarios de
LUIS BERNARDO PÉREZ



Primera edición: 1937
Primera edición digital: 2024

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso
Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna
Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidenta Nacional

Leticia González Puente

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa de Jóvenes

Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada: Carlos Rodríguez Millares

Ilustración de portada: Retrato de Rudyard Kipling de William Strang

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A.C.

Llamada de reunión

El nombre de Rudyard Kipling es muy familiar para todos los que son o fuimos scouts. principalmente por ser el autor de El libro de la selva (también conocido como El libro de las tierras vírgenes), el cual, como sabemos, sirve de base e inspiración para la rama más joven del movimiento scout, es decir, la manada. Dicha rama, creada en 1916, utiliza los relatos del libro de Kipling para crear una mística capaz de transformar a los lobeznos en futuros lobos; es decir, niños y niñas responsables, fuertes y sanos de cuerpo y espíritu.

Pero, aunque El libro de la selva es la base del lobatismo, las aventuras del pequeño Mowgli y de los demás habitantes del Seonee son leídas por todos los miembros del Movimiento, sin importar su edad o la rama a la que pertenezcan. Su mensaje de valor, maduración y amor a la vida es válido para cualquier edad.

Como nos informa William Hillcourt, autor de Baden-Powell, las dos vidas de un héroe, el fundador del escultismo y Rudyard Kipling se conocieron personalmente en 1907, en África del Sur. Baden-Powell era por entonces inspector general de Caballería en aquella colonia británica, mientras que Kipling, ocho años menor, se encontraba en la cima de su popularidad como literato (meses después habría de ganar el Premio Nobel de Literatura).

Al parecer, surgió entre ambos hombres una gran simpatía, hecha de mutua admiración: Kipling reconocía la brillante carrera militar de B-P, y este último había disfrutado enormemente con los relatos y novelas de Kipling. La amistad nacida en ese momento habría de mantenerse con el paso de los años y sólo concluyó con la muerte del escritor, ocurrida en 1936.

Sabemos que Kipling no sólo fue amigo de Baden-Powell, sino que mantuvo lazos muy estrechos con el Movimiento; así, por

ejemplo, escribió un poema titulado “A Boy Scouts’ Patrol Song” (1913), el cual se convirtió en el himno oficial de los scouts británicos. Otros de sus poemas, como el titulado “Si”, eran bien conocidos por la mayoría de los miembros del Movimiento. Incluso sabemos que uno de sus hijos fue scout.

Así pues, conocer un poco de la vida y la obra de Rudyard Kipling forma parte de la cultura general de todo scout, pero no sólo porque este hombre estuvo cerca del escultismo, sino porque los muchos de los pasajes de su existencia, así como sus cuentos y novelas, resultan apasionantes por sí mismos.

En el libro Algo de mí mismo, Rudyard Kipling explora diferentes aspectos de su vida, desde su infancia en la India hasta su tiempo en Inglaterra. El autor reflexiona sobre sus experiencias personales, su carrera como literato, sus viajes y sus puntos de vista sobre la sociedad y la política de su época. El libro ofrece una visión íntima y personal de Kipling, permitiendo a los lectores conocer más sobre su vida, sus influencias y su proceso creativo.

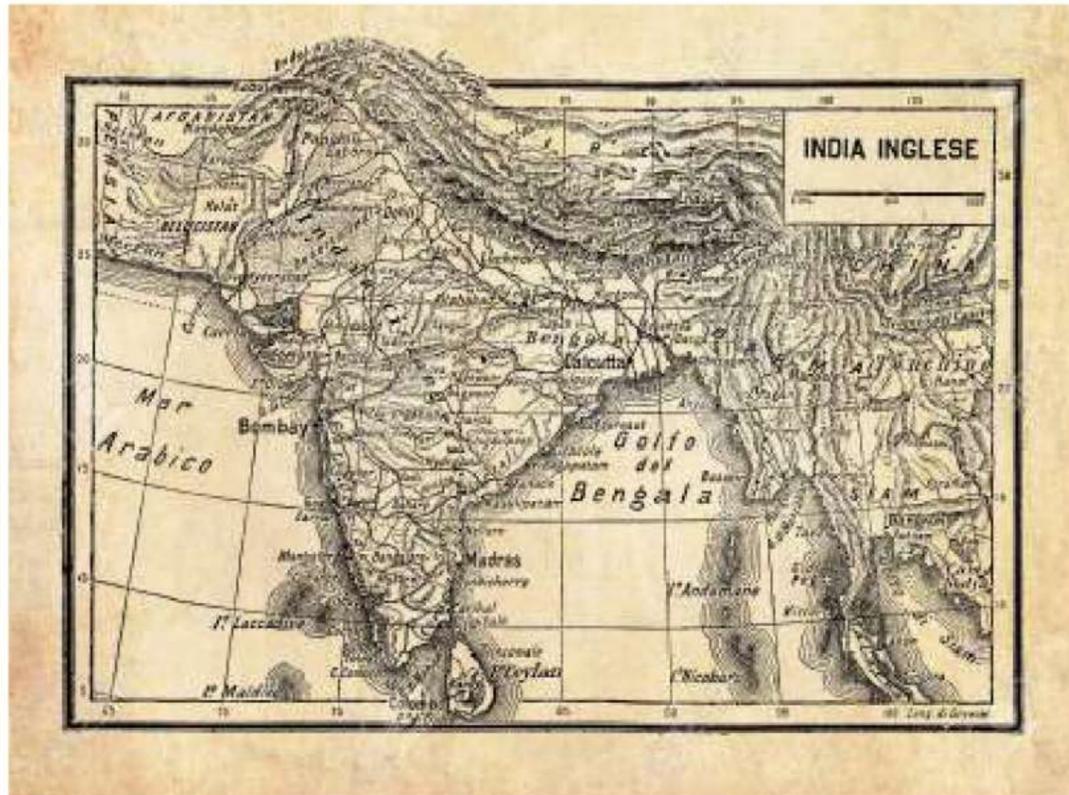
Las páginas que siguen recogen algunos pasajes interesantes o reveladores de Algo de mí mismo. Se trata de una invitación a conocer la vida de este gran autor y acercarse a su trabajo.

*LUIS BERNARDO PÉREZ,
autor de *Los muchachos de la isla. Un verano en Brownsea*,
Ciudad de México, invierno 2023-2024*

Nota editorial

Presentamos a continuación una selección de fragmentos de *Algo de mí mismo* (*Something of myself*), aparecido en 1937, al año siguiente de la muerte de su autor, del que existen diversas traducciones al español —como la publicada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en su colección Cien del Mundo, una de las ediciones más recientes y accesibles— con sus títulos redactados especialmente para la ocasión.

Primeros recuerdos



La joya colonial británica del siglo XIX.

Rudyard Kipling nació y pasó sus primeros años en India, en el seno de una familia de colonos británicos. En esa etapa de su vida estuvo rodeado de la rica cultura, la naturaleza exuberante y las historias locales que más tarde influirían en gran medida en su obra.

Mi primer recuerdo es el de un amanecer, su luz y su color y el dorado y rojo de unas frutas a la altura de mi hombro. Debe de ser la memoria de los paseos matutinos por el mercado de frutas de Bombay, con mi nana y después con mi hermana en su cochecito, y de nuestros regresos con todas las compras apiladas en éste. Nuestra nana era portuguesa, católica romana que le rezaba —conmigo al lado— a una cruz del camino. Meeta, el criado hindú, entraba a veces en pequeños templos hindúes en los que a mí, que no tenía aún

edad para entender de castas, me tomaba de la mano mientras me quedaba mirando a los dioses amigos, entrevistados en la penumbra.

A la caída de la tarde paseábamos junto al mar a la sombra de unos palmerales que se llamaban, creo, los Bosques de Mhim. Cuando hacía viento, se caían los grandes cocos y corríamos —mi nana con el cochecito de mi hermana y yo— a la seguridad de lo despejado. Siempre he sentido la amenaza de la oscuridad en los anocheceres tropicales, lo mismo que he amado el rumor de los vientos nocturnos entre las palmas o las hojas de los plátanos, y la canción de las ranas de árbol.

Había barcos árabes que se iban muy lejos por las aguas color perla, y parsis ataviados alegremente, que desembarcaban a adorar la puesta de sol. Nunca supe nada de sus creencias, ni que cerca de nuestra pequeña casa de la explanada estaban las Torres del Silencio, donde los muertos son expuestos a los buitres que esperan en los aleros de las torres, buitres que empezaban a andar y a desplegar las alas nada más ver abajo a los portadores del muerto. No entendí la pena de mi madre cuando encontró “una mano de niño” en el jardín de casa y me dijo que no hiciera preguntas sobre aquello. Yo quería ver aquella mano de niño. Pero la nana me lo contó.

Vida en Inglaterra



ELLIOTT & FRY,

55, BAKER ST. W.

El pequeño Rudyard.

Cuando Kipling tenía seis años, él y su hermana menor, Trix, dejaron la India. Ambos fueron enviados por sus padres a Inglaterra para recibir su educación formal, una experiencia que resultó ser muy dura para el futuro escritor, pues vivió en un internado muy estricto en Southsea, donde sufrió maltrato y soledad. El lugar se llamaba Lorne Lodge, pero el pequeño Rudyard lo llamaba “La Casa de la Desolación”.

Después pasaron aquellos días de luz clara y de oscuridad, y hubo un tiempo en un barco con grandes semicírculos que tapaban la vista a los dos lados (debió de ser el viejo vapor *Ripon*, de la P. & O.). Hubo un tren que atravesaba un desierto

(aún no se había abierto el Canal de Suez) y un alto en la travesía, y una niña pequeña envuelta en un chal en el asiento frente al mío, y cuya cara permanece. Hubo después un país oscuro y una habitación fría y más oscura en uno de cuyos muros una mujer blanca preparaba un fuego y yo lloré de pánico. No había visto nunca una chimenea.

Vino luego otra casa pequeña, que olía a sequedad y a vacío, y el adiós de mi padre y de mi madre al amanecer, cuando me dijeron que tenía que aprender pronto a leer y escribir para que me pudieran enviar cartas y libros.

* * *

Pasé en aquella casa cerca de seis años. Era de una mujer que hospedaba a niños cuyos padres estaban en la India. Su marido era un viejo capitán de la Armada que había sido guardiamarina en Navarino, y después había tenido un accidente con la cuerda del arpón mientras pescaba ballenas: se enredó y la cuerda lo arrastró hasta que consiguió desprenderse de puro milagro. Pero la cicatriz se le quedó en el tobillo para toda la vida: una cicatriz negra y seca, que yo solía mirar con tanto horror como interés.

Era una casa llevada con todo el vigor de la Iglesia Evangélica revelada a aquella mujer. Yo nunca había oído hablar del infierno, así que allí me adentraron en todos sus horrores; a mí y a cualquier pobre criada que hubiera en la casa, cuyo severo racionamiento la hubiera obligado a robar comida. Vi una vez a la mujer pegarle de tal modo a una niña, que esta estuvo a punto de defenderse con el atizador de la cocina en alto. Yo mismo me llevaba constantes palizas. La mujer tenía un solo hijo, de doce o trece años y tan religioso como ella. Yo era una especie de juguete para él, y cuando su madre me había dado la paliza diaria, él (dormíamos en el mismo cuarto) me tomaba por su cuenta y me daba el resto.

La lectura

La lectura fue un medio de evasión para el pequeño Kipling. Al sumergirse en los libros podía olvidar un poco la triste realidad del internado en el que vivía y estudiaba. Le encantaban las historias de aventuras situadas en países lejanos y protagonizadas por buscadores de tesoros, piratas y espadachines.

Empecé a leer todo lo que encontraba. Tan pronto como se supo que esto me daba placer, la privación de la lectura se añadió a los castigos. Fue entonces cuando empecé a leer a escondidas y en serio. No había muchos libros en aquella casa, pero mi padre y mi madre, nada más saber que había aprendido a leer, empezaron a enviarme volúmenes magníficos.

Y, no recuerdo cómo, di con un cuento sobre un cazador de leones en Sudáfrica, que acabó entre unos leones que eran todos de la masonería y con ellos formó una confederación contra unos monos perversos. Creo que también esto se me quedó aletargado hasta que empezó a surgir *El libro de la selva*.

En casa de sus tíos

En Inglaterra no todo fue tristeza y soledad para el pequeño Rudyard y su hermana. Ambos contaban con dos amorosos tíos con los que pasaban las vacaciones. Su tía materna Georgiana y su esposo, el artista Eduard Burne-Jones, tenían una finca llamada “The Grange”, en Fulham, en las afueras de Londres. Kipling recordaría esos veranos con nostalgia.

Todos los años, durante un mes, yo poseía un paraíso que sin duda fue lo que me salvó. Pasaba todos los diciembres con mi tía Georgie, hermana de mi madre que estaba casada con sir Edward Burne-Jones, en “The Grange”, en North End Road. Las primeras veces debí de ir acompañado, pero luego ya iba solo y, al llegar a la casa, alcanzaba de puntillas la campana de hierro labrado de la maravillosa puerta que daba a la felicidad. Cuando de mayor tuve casa propia y “The Grange” ya no era lo mismo, rogué y conseguí que me diesen para la puerta aquel llamador, que puse con la esperanza de que otros niños serían también felices al hacerlo sonar.

En “The Grange” me daban todo el cariño que el más exigente —y yo no era muy exigente— hubiera podido desear. Había un maravilloso olor a pintura y a trementina que venía del gran estudio del piso de arriba, donde mi tío pintaba. Yo disfrutaba de la compañía de mis dos primos y había un árbol con moras, inclinado, al que nos subíamos para tramar juntos. Había, en el cuarto de juegos, un caballo que se balanceaba y una mesa que, inclinada sobre dos sillas, se convertía en un magnífico tobogán. Había cuadros, terminados o a medio terminar, de colores preciosos y, en los cuartos, sillas y aparadores únicos en el mundo, porque

William Morris —nuestro “Tío Topsy” adoptivo— empezaba a fabricarlos por aquel entonces. Había un constante ir y venir de jóvenes y mayores que siempre estaban dispuestos a jugar con nosotros, excepto un anciano llamado “Browning”, que inexplicablemente no prestaba atención a las peleas que estaban ocurriendo cuando entraba. Lo mejor de todo, sin comparación, era cuando mi amada tía nos leía *El pirata* o *Las mil y una noches*, en tardes en que uno se tumbaba en los grandes sofás, tomaba tofis y llamaba a los primos “¡Eh, nene!” o “Hija de mi tío” o “Inocente”.

Pero llegaba el día —uno intentaba no pensar en él— en que el maravilloso sueño terminaba, y había que volver a la Casa de la Desolación, y allí amanecer llorando los dos o tres días siguientes. Con la consecuencia de más castigos e interrogatorios.

El museo

Al enterarse de los malos tratos que recibían sus hijos en el internado de Lorne Lodge, la madre de Rudyard decidió dejar la India y trasladarse a Inglaterra para cuidar de ellos. Ello ocurrió en 1877, cuando el futuro escritor tenía doce años.

Entonces nos fuimos a Londres y pasamos varias semanas en una pequeña casa de huéspedes del barrio semirural de Brompton Road, casa que era cuidada por un ex mayordomo de cara macilenta y con patillas como de lord y su paciente esposa.

* * *

Mi madre, muy preocupada, nos compró a mi hermana y a mí unos abonos para el museo antiguo de South Kensington, que estaba nada más cruzar la calle (en aquella época no había que preocuparse del tráfico). Muy pronto ambos, de tanto visitarlo, porque ya habían empezado las lluvias, hicimos nuestro aquel sitio, y sobre todo a uno de los policías. Cuando íbamos con los mayores, nos saludaba muy solemnemente. Recorriamos el museo a nuestras anchas, desde el enorme Buda que tenía una pequeña puerta en la espalda, hasta los grandes coches antiguos de oro viejo, y los carros labrados que había en la oscuridad de los pasillos largos; incluso los lugares que estaban señalados con el rótulo de “Prohibido el paso”, donde siempre estaban desempaqueando tesoros nuevos. Y nos repartíamos los tesoros como suelen hacer los niños. Había instrumentos musicales con incrustaciones de lapislázuli, aguamarina y marfil; gloriosas espinetas y clavicordios con adornos de oro; el mecanismo

de un gran reloj Glastonbury; muñecos mecánicos; pistolas con culata de plata y acero; dagas y arcabuces —los rótulos equivalían por sí solos a unos estudios —; y una colección de piedras preciosas y anillos —nos peleábamos por ellos—, y un enorme libro azulado que era el manuscrito de una de las novelas de Dickens. A mí me parecía que aquel hombre era muy descuidado al escribir; se dejaba muchas cosas fuera y luego tenía que apretujarlas entre líneas. Estas experiencias fueron una inmersión en los colores y los diseños y, por encima de todo, el aroma del museo en sí; y me han acompañado siempre. Hacia el final de aquella larga vacación llegué a saber que mi madre había escrito versos, que mi padre también “escribía algo”, y que los libros y la pintura se encontraban entre los mayores acontecimientos del mundo. Que podía leer todo lo que quisiera y preguntar el significado de las cosas a cualquiera que yo conociese. Había descubierto también que uno podía tomar la pluma y poner por escrito lo que uno pensaba sin que nadie le acusara de “mentir” por eso.

Acoso escolar

A los trece años, Rudyard ingresa en el United Service College, donde vive distintas experiencias —algunas agradables y otras tristes— que lo van formando. Allí se interesa por la historia y la geografía. También lee autores clásicos.

Mi primer año y medio de colegio no fue muy agradable. El fanfarroneo más pesado no es tanto el de los chicos mayores, que se limitan a dar una patada y seguir en lo suyo, como el de los pequeños diablos de catorce años que se ponen de acuerdo para arremeter contra un único objetivo. Por suerte para mí, yo era físicamente grande para mi edad y gané cierto crédito al nadar en el mar o tirarme al agua desde el peñón de Pebble. Jugaba al rugby, pero también en esto se me interpuso el problema de la vista. No llegué a jugar ni siquiera en el segundo equipo. Nadie se atrevió a meterse conmigo una vez que, a los catorce años, empecé de pronto a estar fuerte. Yo tampoco me metía con nadie, no sé si por mi indolencia natural o por las experiencias que había sufrido. Por aquel entonces ya tenía dos amigos con los que, mediante un sistema de ayuda mutua muy bien organizado, pasé dos años de colegio protegido por principios de cooperación. No recuerdo cómo empezó nuestra unión; pero lo cierto es que nuestra triple alianza era ya muy sólida antes de que tuviéramos trece años. Nos había fastidiado mucho un chico alto y fuerte que nos robaba lo que teníamos en nuestros pobres casilleros. Hasta que fuimos por él, en una larga operación conjunta de acoso y derribo casi de verdad. Al final ganamos nosotros. Lo habíamos rodeado y aplastado como las abejas bloquean a la reina, y no volvió a molestarnos nunca.

Regreso a la India



Michael Caine, Christopher Plummer caracterizado como Kipling y Sean Connery, en *El hombre que sería rey* (John Houston, 1975).

El joven Rudyard añoraba la India, donde pasó sus primeros seis años de vida. Por eso, cuando a los dieciséis años se le presentó la oportunidad de regresar no lo dudó ni por un momento. Su padre le había conseguido un puesto como aprendiz de periodista.

Kipling comenzó su carrera periodística en Lahore (ubicada en la actual Pakistán), trabajando para el periódico The Civil and Military Gazette entre 1882 y 1887. Más tarde, trabajó para su rival, The Pioneer, en Allahabad. Durante este tiempo, escribió numerosos artículos y crónicas que reflejaban la vida colonial británica en la India. Sus experiencias y observaciones en este entorno multicultural y diverso influyeron en gran medida en su escritura y le proporcionaron un profundo conocimiento de la cultura y la sociedad indias.

Así pues, a los dieciséis años y nueve meses, aunque aparentaba cuatro o cinco años más, y con unas patillas que mi madre, escandalizada, hizo desaparecer nada más verlas, me

encontraba en Bombay, donde había nacido. Volvía a visiones y olores que me arrancaban frases vernáculas cuyo significado ignoraba. Otros muchachos nacidos en la India me han contado que alguna vez les pasó igual. Me quedaban aún tres o cuatro días de tren hasta Lahore, donde estaban los míos. Y esos días iban a bastar para borrar mis años ingleses, que creo que nunca han vuelto del todo. Fue un feliz regreso a casa y es que, imagínense, me reencontraba con un padre, a quien había visto muy poco desde los seis años.

Mi padre no sólo era una mina de sabiduría y de valiosa ayuda, sino también un compañero experto, tolerante y lleno de buen humor. Me dieron habitación propia en la casa. El criado de mi padre, con toda la solemnidad de un contrato matrimonial, me cedió a su hijo para que fuese criado mío. Dispuse también de caballo, carruaje, mozo de cuadra, horario de oficina, responsabilidades directas y, ¡oh felicidad!, un maletín propio, como el que mi padre llevaba todos los días al Museo de Lahore y a la Escuela de Arte. No recuerdo la menor fricción en ningún detalle de nuestras vidas. Disfrutábamos más en familia que en compañía de los extraños y cuando, algo después, llegó mi hermana, la felicidad fue total. No sólo éramos dichosos, sino también conscientes de serlo.

El joven periodista



Desde joven Kipling lució su característico mostacho.

Muchos de los sucesos que Rudyard vivió como reportero le servirían después para escribir sus cuentos y novelas. Fueron años de mucho trabajo y esfuerzo, de viajes al interior de país y de muchas horas frente a una máquina de escribir.

Tan pronto como el periódico pudo confiar un poco en mí, que había hecho bien el trabajo rutinario, me envió primero a hacer informaciones locales y, después, a las carreras de caballos, donde pasé tardes curiosas en el tenderete de

las apuestas. Vi una de esas tiendas arder una vez, cuando un propietario furioso le arrojó una lámpara de petróleo a su rival, justo la noche en que el propietario concurría a las elecciones del Club. Fue la primera y última ocasión en que vi cómo se gastaban todas las bolas negras disponibles y los socios pedían más. Después hice informaciones sobre la inauguración de grandes puentes, lo que suponía una noche o dos con los ingenieros; o sobre inundaciones en las vías férreas, y ahí las noches lo eran bajo la lluvia con los equipos de auxilio. Informé sobre fiestas de aldea, con las inevitables epidemias de cólera o viruela; sobre motines populares a la sombra de la mezquita de Wazir Khan, donde las pacientes tropas, tendidas en los parques o en las callejuelas laterales, esperaban la orden de cargar contra la multitud y pegarle a la gente en los pies con la culata del fusil (en aquella época, la Administración civil consideraba que matar equivalía a reconocer un fracaso). Y así la ciudad vociferante, enfebrorizada, ebria de sus propias convicciones, era dominada sin derramamiento de sangre o con la comparecencia de un Virrey que gesticulaba mucho. Relaté también visitas de virreyes a los príncipes vecinos, junto al gran desierto de la India, donde había que lavarse las manos y la cara con soda; revistas de ejércitos dispuestas a invadir Rusia a la semana siguiente; recepciones de algún potentado afgano con el que el gobierno indio quería estar a bien (éstas incluyeron un paseo hasta el Khyber, donde me alcanzó el disparo perdido de un bandido que no aprobaba la política exterior de su gobierno); juicios por asesinato o divorcio y —tarea bastante desagradable— una investigación sobre el porcentaje de leprosos que había entre los carniceros que surtían de vacuno y cordero a la comunidad europea de Lahore (aquí aprendí que la verdad desnuda de los hechos no suele estar bien vista por las autoridades responsables). Era el método de enseñanza de Squeer, pero ¿cómo me iba a proporcionar menos estímulo-

lo del que yo necesitaba? Me saturaba de material y, si me faltaba algún detalle, el Club se ocupaba del resto.

Vida en la India

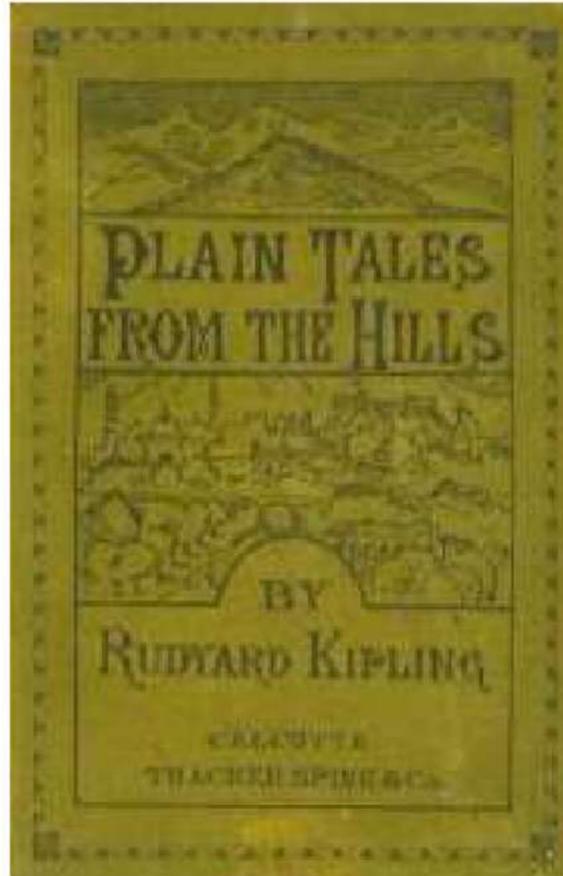


Esvástica, símbolo hinduista de buena ventura, estampada en la cubierta de los libros del escritor antes del ascenso del nazismo.

Mi madre y mi hermana pasaban la época de calor en la montaña, donde a su debido tiempo se les unía mi padre. A mí me llegaban las vacaciones cuando el periódico podía prescindir de mí. Por eso me pasaba mucho tiempo solo en aquella casa tan grande, donde pedía a gusto comida indígena, menos repugnante que los guisos de carne; incorporaba así el empaño a mis posesiones más íntimas. En aquellos meses —entre mediados de abril y mediados de octubre—, había que cargar el catre y andar de cuarto en cuarto hasta encontrar el de menos calor; o dormir en la azotea y que el aguador le echara a uno de vez en cuando medio odre de agua por el cuerpo abrasado. Así se cogían fiebres, pero se evitaba el desmayo por el calor. Muchas noches las pasaba tan en vela como las de la casa de Brompton Road, y vagaba hasta el amanecer por todo tipo de sitios curiosos: tabernas, garitos de juego y

fumaderos de opio, que no son nada misteriosos; locales periféricos de diversión, de títeres o de danzas indígenas; o me metía por las estrechas galerías que hay bajo la mezquita de Wazir Khan por el puro gusto de mirar. Alguna vez la policía se me acercaba, pero conocía a la mayoría de los oficiales, y mucha gente de algunos barrios me conocía por ser hijo de mi padre, lo que en Oriente es más útil que en ninguna otra parte. Por lo demás, bastaba con la palabra “periódico”, aunque al mío no le facilité mucha reseña de aquellos merodeos. Al salir el sol, volvía uno a casa en algún carruaje noctámbulo de alquiler, que hedía a humo de cigarro, a flores de jazmín y a madera de sándalo; y, si el conductor tenía ganas de charla, le contaba a uno un montón de cosas. En la India, buena parte de la vida se hace en las noches de calor.

Como un joven caballo



Cuentos de las colinas, obra con la que debutaría como narrador.

Sus primeros textos literarios los escribió cuando aún era periodista y, cada vez que podía, los publicaba en los propios diarios en los que colaboraba. Ello le permitió darse a conocer. También le sirvió para desarrollar su oficio de narrador.

En el 85 empecé a escribir una serie de relatos para la *Civil and Military Gazette*, que se titulaban “Cuentos de las colinas”. Los publicaban cada vez que había un hueco que rellenar. En el 86 publiqué también una recopilación de poemas de periódico sobre la vida angloíndia, titulada *Canciones coloniales* que, como trataban de cosas que mucha gente conocía y sufría, fueron bien recibidas. Me habían dado permiso, además, para que enviase colaboraciones, distintas de las que

quería nuestro periódico, a otros de fuera, como al *Indigo Planters' Gazette* de Calcuta. Así empecé a darme a conocer incluso en Bengala. Pero obsérvese la discreción con que iban saliendo las cosas. Hasta el 87, mi trabajo no pasó de la digna oscuridad del rincón de una provincia remota, en una comunidad especializada que no le interesaba a nadie, salvo a sí misma. Yo era como un caballo joven que llevaban a carreras de pueblos pequeños, para que me acostumbrara al ruido y a la gente y me cayera hasta aprender a correr y a no asustarme con el fragor de otros caballos tras de mí. Lo mejor era ir al paso en mi trabajo de oficina, “demasiado bueno para andarse con preguntas”, y cuyo sentido —descubrir existencias humanas de toda clase y condición y hacer posible que otros las descubriesen— no me dejaba tiempo para “descubrirme” a mí mismo.

De nuevo en Inglaterra

A los veinticuatro años, Rudyard era ya un autor bastante conocido, gracias a sus relatos y poemas, los cuales había reunido en libros. En esa época se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en un escritor “profesional”; es decir, en un autor que podía vivir de lo que escribía. Así pues, logró que lo despidieran del periódico donde trabajaba y resolvió dejar la India y regresar a Inglaterra para ganarse la vida como narrador. Se estableció en Londres y comenzó a enviar sus textos a las principales editoriales de la capital. Sin embargo, sus primeros tiempos en esta nueva profesión no fueron fáciles.

Con la seguridad que me daba esta riqueza, y con seis meses de sueldo de indemnización por despido, dejé la India y me fui a Inglaterra después de pasar por el Extremo Oriente y los Estados Unidos.

* * *

Al principio andaba tan confundido y me administré tan mal que, durante un tiempo, me encontré con que me debían dinero por encargos que había escrito, pero estaba sin fondos. Toda reclamación de dinero, por muy justificada que esté, deja mala impresión; mi querida tía, o alguna de las tres viejas damas, me lo habrían dado sin dudarlo, pero pedirlo era como reconocer un fracaso nada más empezar. El alquiler estaba pagado, tenía un traje que ponerme y no tenía nada que empeñar salvo una colección de camisas sin marca, compradas una en cada puerto, así que improvisé para arreglármelas con el poco dinero que tenía en el bolsillo.

Mi apartamento estaba encima de un local de Harris el “Rey de las Salchichas”, que, por dos peniques, daba salchichas con puré de patata como para aguantar todo el día, siempre que uno cenara luego con gente amable que no viviera a base de salchichas. Por otros dos peniques se podía cenar de verdad. También por dos peniques se podía fumar el excelente tabaco de aquella época, si no se aficionaba uno al “Shag”, que costaba tres peniques, o le daba por el “Turkish”, que costaba seis. Por cuatro peniques se entraba en el Gatti y el precio incluía una cerveza rubia o negra.

* * *

Mi vida en casa —había un abismo entre Picadilly y la calle Villiers— era diferente, en la sorpresa constante de aquellos primeros meses de mi vuelta a Inglaterra. Ese período fue en su totalidad, como ya he dicho, un sueño en el que me sentía capaz de mover montañas, invadir fortalezas y andar sobre las aguas. Y sin embargo era tan ignorante que no sabía que, cuando la niebla envolvía Londres, había trenes que podían llevarme a la luz y al sol de unos cuantos kilómetros a las afueras. Una vez, me pasé cinco días sin ver por la ventana nada más que mi cara en el espejo negro como el azabache del cristal. Cuando la niebla se disipó un poco, me asomé y vi a un hombre de pie enfrente del pub donde trabajaba la camarera. A aquel hombre, de pronto, se le puso el pecho de un rojo claro, como el de un petirrojo, y se cayó al suelo, porque se acababa de clavar un cuchillo en el cuello. En pocos minutos, más bien segundos, llegó una ambulancia y se llevó el cadáver. Un empleado de por allí echó un cubo de agua hirviendo que hizo correr la sangre hacia la alcantarilla y los curiosos que se había agolpado se dispersaron.

Los peligros de la fama



Daniel Radcliffe (Harry Potter), Kim Cattrall (*Sex and the City*) y David Haig como Kipling, en *My Boy Jack* (Bryan Kirk, 2007).

No paraban de asegurarme, tanto de viva voz como en recorres de prensa —que son una droga que no recomiendo a los jóvenes—, que “desde Dickens no se había visto nada” comparable a “mi meteórica llegada a la fama”, etc. (pero estaba vacunado, si no inmune, contra lo más rotundos comentarios de prensa). Y ahí estaba mi retrato, que se iba a pintar para la Real Academia, en prueba de mi notoriedad (sólo que me opuse, como un mahometano, a que me retrataran, por temor al mal de ojo, y así conseguí que el bombo no fuera excesivo). Y ahí estaban los montones de cartas con opiniones de todo tipo (si las hubiera contestado todas habría sido como volver a mi antigua mesa de trabajo). Y allí estaban las proposiciones de “cierta gente importante”, pesada y sin escrúpu-

los como tratantes de caballos, que me decían que “tenía la pelota a los pies” y que sólo tenía que darle la patada —que consistía en repetir la misma canción y en llevar por caminos imposibles a personajes que ya había “creado”— para lograr todas clase de fines apetecibles. Pero en mi mundo anterior había visto malearse y quedarse atrás a hombres, lo mismo que a caballos. Lo único que estaba claro en aquel embrollo era que estaba ganando dinero, mucho más de cuatrocientas rupias al mes, y cuando mi cartilla me dijo que tenía ahorradas mil libras justas, no cabía de felicidad en el Strand. Había planeado un libro “para aprovechar la coyuntura del mercado”. Tuve el buen sentido suficiente para desechar la idea. Lo que más necesitaba era que mi familia viniera y viese lo que estaba siendo de su hijo. Lo hicieron, en una visita relámpago.

Los viajes

El joven Kipling no estaba hecho para pasar demasiado tiempo en un solo lugar. Mientras vivió en Londres y pese a su creciente fama, extrañaba viajar. Quería conocer el mundo, entrar en contacto con distintas culturas, costumbres y creencias. Uno de los lugares que visitó fue Ciudad del Cabo, ciudad portuaria en la costa oeste de Sudáfrica, en una península bajo la imponente Montaña de la Mesa. Tenía entonces veinticinco años.

Navegué hasta Ciudad del Cabo en un gigantesco transatlántico de tres mil toneladas llamado *The Moor*, sin saber que me llevaba allí el Destino. A bordo conocí a un capitán que iba tomar posesión en Simonstown y que en Madeira habría deseado pasar los dos años de su nombramiento hasta arriba de vino. Lo acompañé durante un día muy movido y una noche más movida todavía, que pusieron los cimientos de una amistad para siempre.

En 1891 Ciudad del Cabo era un lugar pequeño, soñoliento y descuidado, en el que todavía daban al pavimento las balaustradas de algunas casas holandesas antiguas. Alguna que otra vaca se paseaba por las calles principales, que estaban llenas de negros como los que mi nana me había enseñado que tenían el pelo rizado y dormían en una postura tal que a los demonios les resultaba fácil entrar en sus cuerpos. Pero también había muchos malayos que eran musulmanes peculiares, con sus propias mezquitas y cuyas mujeres, vestidas de mil colores, vendían flores en los bordillos de las aceras y se dedicaban a lavar.

El seco olor a especias de la tierra y la limpia bofetada del sol me fueron devolviendo la salud. El capitán me presen-

tó en la sociedad naval de Simonstown, donde el viento del suroeste sopla cinco días a la semana y el almirante de la estación de Ciudad del Cabo vivía espléndidamente con al menos un par de tortugas marinas vivas que ataba al final del pequeño embarcadero de madera para que nadaran hasta estar listas para hacer con ellas sopa de tortuga. Me fascinaba el club naval y las historias que contaban los oficiales jóvenes. Fue allí donde presencié una de las mayores trifulcas que he visto en mi vida. Se armó por una amable sugerencia hecha a un teniente de navío recién ascendido: había que apartar un poco el mastelero de proa de una cañonera de juguete que tenía. Y la discusión acabó con todos los muebles cambiados de sitio (¿quién iba a decirme que a los pocos años conocería Simonstown como la palma de mi mano, y que le dedicaría buena parte de mi vida y de mi amor a la gloriosa tierra que la rodea?).

Después de un almuerzo de despedida entre ráfagas de arena blanca que tiraban al suelo hasta a los indígenas, y donde un mono airado bajó de las rocas y al pararse se quedó metido hasta la cintura en un lecho de azucenas, mi capitán y yo nos separamos. “Nos veremos”, me dijo el capitán, “y, si alguna vez quiere ir de crucero, no tiene más que decírmelo”.

Australia

En 1891, tras dejar atrás Ciudad del Cabo, el joven Rudyard se dirigió a Australia. Estuvo allí dos semanas, principalmente en Melbourne, donde fue recibido con toda la curiosidad e interés propio de una celebridad.

El barco que me condujo a Australia se llamaba *The Doric*, iba medio vacío y se pasó veinticuatro días seguidos, con sus noches, casi consiguiendo llenar de agua sus barcasas en un balanceo y vaciarlas en el siguiente contra las escotillas del salón. Tanto el cielo como el mar aparecían grises y desolados en aquella difícil travesía a Melbourne. Poco después me encontraba en una tierra nueva, con olores nuevos y entre gente que insistía, para mi gusto demasiado, en que ellos también eran “nuevos”. Nadie es nuevo en este mundo tan viejo.

El periódico más importante me hizo el gran honor de enviarme a la Copa de Melbourne, pero yo ya había hecho antes información de carreras y sabía que no era lo mío. Me interesaba más la gente de mediana edad que había dedicado su vida a fundar y administrar el país. Hablaban entre ellos sin rodeos y usaban una jerga política que para mí era nueva. Se aprendía más, como suele suceder, de lo que se decían unos a otros, o de lo que daban por supuesto, que de cien preguntas que se le hubieran hecho. Una noche de calor, asistí a un congreso en que el partido laborista debatió si los botes salvavidas que tanto se necesitaban debían comprarse a Inglaterra o el pedido debía posponerse hasta que los botes pudieran construirse en Australia siguiendo un criterio laborista y a precios laboristas.

A partir de ese momento mis recuerdos de Australia son una mezcla de trenes en que se pasaba, a horas intempestivas, de un ancho de vía estatal demasiado exclusivo a otro; inmensos cielos y primitivas salas de recreo en las que bebía té caliente y comía carne de oveja mientras que de vez en cuando un aire cálido, parecido al *loo* del Punjab, era un fragor que irrumpía desde el vacío. Me pareció un país difícil, al que hacían aún más difícil sus habitantes, quienes, quizá por el calor, siempre parecían tener los nervios a flor de piel.

Estuve también en Sidney, ciudad llena de multitudes ociosas en mangas de camisa y de pícnic todo el día. Decían ser nuevos y jóvenes, pero que algún día harían cosas maravillosas, y vaya si cumplieron la promesa. Después fui a Hobart, en Tasmania, a presentar mis respetos a sir George Grey, que había sido gobernador de Ciudad del Cabo en los días de la rebelión. Era muy viejo y sabio y previsor y tenía la amabilidad de los que, de un modo u otro, son fuertes.

Nueva Zelanda

La siguiente parada en su viaje fue Nueva Zelanda, lugar donde su presencia era esperada por los habitantes del lugar. El único periódico importante envió a un reportero que se dio a la tarea de seguir al escritor a todos los lugares que visitó.

Me fui luego a Nueva Zelanda, en un vapor (se cruzaban siempre los grandes océanos en embarcaciones costeras, pequeñas e inseguras) y en Wellington vi, justo donde me avisaron que iba a aparecer, el delfín de manchas blancas que se había impuesto la obligación de escoltar los barcos hasta el puerto. Estaba protegido por el Gobierno, que lo consideraba sagrado, pero años después algún bestia lo hirió de un disparo y no se le volvió a ver.

Wellington me reveló otro mundo de gente amable, gente que era, o me parecía, más homogénea que los australianos. Eran altos, de pestañas largas y extraordinariamente bien parecidos. Puede que no fuese objetivo, y es que lo menos diez guapas muchachas me dieron un paseo en gran canoa, a la luz de la luna, por las aguas quietas del puerto de Wellington y en general todo el mundo se desvivía por ayudarme, enseñarme, distraerme o para que me sintiera a gusto. De hecho, siempre ha sido así. Por eso no es mérito mío que en mi obra salgan muchos detalles concretos. Un amigo me acusó, hace mucho tiempo, de haber disfrutado de “salario de príncipe y trato de embajador” y de no saber apreciarlo; me llegó a llamar, entre otras cosas, “perro ingrato”. Pero ¿qué podría haber hecho —os pregunto— que no fuese continuar mi obra e intentar que siguiera agradando

a quienes la encontraban agradable? No se puede pagar lo impagable a base de sonrisas y apretones de mano.

Desde Wellington fui al norte en dirección a Auckland en un coche tirado por una pequeña yegua gris y con un conductor de lo más taciturno. Se iba por el monte y acababa de haber lluvias. Cruzamos veintitrés veces en un día un río desbordado y salimos a las grandes llanuras donde los caballos salvajes se nos quedaban mirando, y se enredaban las patas en las largas crines y daban coces y relinchaban. En una de las paradas que hicimos me dieron de comer un pájaro asado con la piel crujiente como la del cerdo, y sin alas ni señal de haberlas tenido. Era un kiwi, un áptero. Tendría que haber guardado su esqueleto, pues muy pocas personas se han comido un áptero. Luego el cochero estalló —eso mismo lo había visto yo otras veces en lugares apartados— como a veces les pasa a los solitarios: vimos un cráneo de caballo al borde del camino y empezó a soltar blasfemias terribles, pero sin pasión alguna; llevaba, decía, mucho tiempo viendo aquel cráneo al pasar a caballo o en coche. Y en eso veía que estaba condenado a que le ocurriera siempre lo mismo, y por qué demonios venía yo a hablarle de tantos lugares extranjeros y lejanos como había visto. Pese a todo, me pidió que le siguiera contando.

Había acariciado la idea de ir desde Auckland a Samoa, a visitar a Robert Louis Stevenson, que me había hecho el honor de hablarme por carta de mis cuentos. [...] La primera vez que lo leí fue en un hotel pequeño de Boston, en el 89, donde un camarero negro estuvo a punto de echarme del comedor por farfullar sobre la comida. Pero Auckland, tranquila y adorable al sol, parecía el final del viaje organizado, porque el capitán del barco frutero que podía o no ir a Samoa según el momento estaba tan aplicadamente borracho que decidí encaminarme hacia el sur y volver a la India.

Su matrimonio



Carrie Balestier y su esposo.

El 18 de enero de 1892, cuando contaba con veintiséis años, Rudyard contrajo matrimonio con Carrie Balestier de veintinueve años, en la ciudad de Londres. Los recién casados planearon pasar su luna de miel en Estados Unidos. Pero lo que originalmente iba a ser una estancia corta, se fue alargando. Ambos se sentían muy cómodos en aquel país y Rudyard decidió alquilar una propiedad en Vermont, de donde era la familia de Carrie, y vivir en una cabaña. Allí nació la primera hija del escritor.

Después a Bombay, donde mi nana, tan vieja pero tan poco cambiada, me recibió con lágrimas y bendiciones; y después a

Londres, a contraer matrimonio en enero de 1892, en medio de una epidemia de gripe tan grande que los enterradores se habían quedado sin caballos negros y los muertos tenían que conformarse con caballos marrones. Los vivos estaban casi todos en cama (todavía no sabíamos que aquella epidemia era el primer aviso de que la peste, que llevaba generaciones olvidada, estaba saliendo de la China).

Todo esto me afectó como habría afectado a cualquier joven: mi mayor preocupación era salir del foco de la epidemia lo antes posible, porque ¿acaso no era yo una persona importante?, ¿es que no tenía varios miles —por lo menos dos— de libras puestas a plazo fijo?, ¿y no me había aconsejado el mismísimo director del banco que invirtiera parte de mi “capital” en acciones? Pero yo preferí invertir, una vez más, en billetes de la Cook —ahora para dos— y hacer un viaje alrededor del mundo. Todo planeado hasta el último detalle.

Nos casamos en la iglesia con campanario en forma de lápiz de Langham Place, y los únicos invitados fueron Goose, Henry James y mi primo Ambrose Poynter. Para escándalo del pertiguero, nada más salir de la iglesia mi mujer se fue a casa de su madre a darle las medicinas y yo a un desayuno de celebración de la boda, con Ambrose Poynter. Al volver a recogerla vi en la calle, bajo la lluvia, un encarte de periódico que anunciaba, como era costumbre en aquellos tiempos felices, mi matrimonio, lo que me hizo sentirme incómodo e indefenso.

Unos días después estábamos ya en la alfombra mágica que nos iba a llevar alrededor del mundo.

[En Vermont, Estados Unidos] vimos una pequeña granja donde había una vivienda a la que llamaban “Bliss Cottage”, casi siempre habitada por un hombre que trabajaba para otros por temporadas. Tenía un piso y medio, cuatro metros de alto hasta el tejado y otros cuatro de largo e, incluyendo la cocina y la leñera, unos cinco de ancho en total. El agua

le llegaba de una fuente vecinal y por una sola tubería de un centímetro de ancho. Pero la casa estaba habitable y tenía un sótano amplio, un poco húmedo. El alquiler era de diez dólares o dos libras al mes.

La alquilamos y la amueblamos con una simplicidad precursora del sistema de venta a plazos por pago del alquiler. Compramos una enorme estufa de aire caliente, de segunda o tercera mano, que instalamos en el sótano; hicimos generosos agujeros en el poco grueso suelo para los tubos de hojalata de veinte centímetros de la estufa (todavía no comprendo cómo es que no salimos ardiendo mientras dormíamos cualquier noche de invierno) y nos quedamos muy contentos de nosotros mismos.

A medida que el verano de Nueva Inglaterra dejaba paso al otoño, corté y apilé ramas de abeto alrededor del umbral de la cabaña y conseguí hacer un pequeño parapeto para cuando hiciera falta. Cuando llegó el pleno invierno y se oían las campanillas de los trineos por aquel universo blanco que nos había engullido, nos sentimos seguros. A veces teníamos criada. Otras, a la criada le parecía que aquella soledad era demasiado para ella y se iba sin avisar, una incluso dejándose el baúl. No nos preocupábamos. Los platos no tienen más que dos lados y limpiar sartenes y cacerolas tiene tan poco misterio como hacer muy bien las camas. Cuando la cañería se helaba, nos poníamos nuestros abrigos de piel de coatí y la descongelábamos con el calor de una vela. En el cuarto del ático no había sitio para la cuna, así que decidimos que la tapa del baúl haría las veces. No envidiábamos a nadie, ni siquiera cuando había mofetas en el sótano y, dado que sabíamos cómo son, nos quedábamos quietos hasta que decidían marcharse.

Nace *El libro de la selva*



Mowgli y los habitantes de la selva de Seeonee.

Fue durante su estancia en Estados Unidos, en la cabaña de Vermont y en medio de un crudo invierno, cuando el autor concibió la idea de El libro de la selva, también conocido como El libro de las tierras vírgenes, una de sus obras más famosas. Este libro se publicó originalmente por partes en revistas inglesas entre 1893 y 1894. En algunos casos contó con ilustraciones realizadas por el padre de Rudyard, el artista John Lockwood Kipling.

Mi estudio en Bliss Cottage tenía cuatro metros cuadrados y entre diciembre y abril la nieve acumulada llegaba hasta el alféizar de la ventana. Había escrito un cuento sobre la vida en los bosques de la India en el que aparecía un muchacho que había sido criado por lobos.* En la incierta calma del invierno del 92, el eco de ese cuento se me mezcló con el vago

*Kipling alude a “En el rukh”, de la que existe una edición al español publicada por la Asociación de Scouts de México, A. C. en 2016, en el marco del Centenario del lobatismo, titulada *Mowgli. Su primera aventura.* (N. del E.)

recuerdo de los leones de la masonería de la revista de mi infancia y con una frase de *El lirio Nada* de Rider Haggard. Tras hacerme una idea del argumento principal, la pluma hizo el resto y vi cómo empezaba a escribir historias sobre Mowgli y los animales, lo que luego sería *El libro de la selva*.

Una vez que me lancé, no parecía haber motivo para parar, pero había aprendido a distinguir entre los magistrales impulsos de mi Daimon y los de la electricidad casera que viene de lo que podríamos llamar escritura “por fricción”. Recuerdo que tiré dos cuentos y quedé más satisfecho con los demás. Y, lo que es más importante, a mi padre le pareció que estaban bien escritos.

* * *

Mi *Libro de la selva* dio lugar a numerosas imitaciones. Pero el genio más genio de todos fue uno que escribió una serie titulada *Tarzán de los monos*. La leí, aunque lamento no haberla visto en el cine, donde sí que es el último grito. Se puso a hacer improvisaciones de jazz sobre el tema de *El libro de la selva* y espero que se lo pasara muy bien.

Paseos en automóvil



Un hombre curioso ante los avances tecnológicos de su época.

En 1902 los autos de motor no eran tan comunes. En Inglaterra había muy pocos y Kipling, quien para entonces se encontraba en Londres con su familia, se sintió atraído por estas novedosas máquinas. Antes de comprar su primer automóvil decidió rentar uno para saber si valía la pena invertir su dinero en tales vehículos.

Una empresa muy audaz de Brighton terminó alquilándonos un embrión de automóvil que llevaba la capota plegable de las victorias, amortiguadores de coche de caballos, freno de coche de caballos, un solo cilindro, correa de transmisión y arranque con manivela y que podía ponerse a trece kilómetros

por hora. El alquiler, incluido el conductor, era de tres guineas y media por semana. Mi querida tía, que no le tenía miedo a ningún invento, dijo enseguida que ella también quería. Y allí íbamos, jugándonos la vida de un modo que después, sólo de acordarme, me ha dado escalofríos. Lo cierto es que llegamos a ir a Arundel y vuelta en el día, noventa y seis kilómetros en total, en diez horas nada más. Igual que otros pioneros temerarios, fuimos objeto del escándalo inicial de una opinión pública contraria. Los aristócratas, cuando adelantábamos sus calesines de tracción a látigo, se ponían de pie y nos maldecían. Los carros de los gitanos, los cochecitos de las niñeras, las vagonetas de la cerveza, todo el mundo, menos los pobres caballos llenos de paciencia —y de indiferencia a nuestro paso si hubieran estado sueltos— se unían a la retahíla de la malaventura, y el *Times* sacaba artículos sobre el automóvil que eran paleolíticos.

Entonces me compré un coche de vapor, un Locomobile, cuyas características conté fielmente en un relato titulado “Estrategia a vapor”. Con ese coche, de tanto ir a Sussex y volver, lo normal era que estuviéramos siempre al borde de la extenuación o de la histeria. Después vino el primer modelo de Lanchester, cuyo arranque, ya en aquella época, era perfecto. Pero no había técnico, fabricante, propietario ni chófer que entendiera una palabra de automóviles. Los directivos de la Lanchester, después de enviarles telegramas cada vez más agresivos, terminaron por venir a casa como amigos —todos lo éramos en aquellos comienzos— y se sentaron con nosotros junto al fuego a conjeturar por qué le pasaba al coche lo que le pasaba. Una vez, el fabricante se empeñó en llevarme, con orgullo —era su criatura más reciente—, nada menos que a Worthing, donde el coche dijo basta delante de un solar en obras en el que no había nadie. El solar lo pavimentamos de piezas en las que creíamos que podía estar la avería. Después de dos horas de trabajo, reconstruimos el coche. Nos

empezó a escupir en las piernas agua hirviendo, pero tapamos con un trapo el géiser y volvimos a casa de un tirón.

La guerra de los bóers

La guerra de los bóers fue un conflicto ocurrido en Sudáfrica. Enfrentó a los colonos de ascendencia holandesa (bóers) y al Imperio británico a finales del siglo XIX. Surgió por tensiones territoriales, políticas y culturales, principalmente por el control de la región rica en recursos como el oro y los diamantes, y por la resistencia de los bóers contra la influencia británica en sus tierras.

Rudyard Kipling y su familia se habían establecido en Ciudad del Cabo y fueron testigos del desarrollo del conflicto. Más aún, el escritor participó activamente en los esfuerzos de guerra reuniendo fondos para el ejército británico, escribiendo en un periódico sudafricano e, incluso, llevando suministros y pertrechos para los soldados. Todo ello sin poseer ningún grado militar.

Durante la guerra de Sudáfrica, mi puesto ante los soldados llegó a ser oficiosamente superior al de la mayoría de los generales. Hacía falta dinero para que las tropas del frente tuvieran las comodidades mínimas, y con este fin el *Daily Mail* empezó lo que acaso fue un antecedente de las actuales “campañas publicitarias”. Se convino que yo debía pedir donativos. El periódico se encargaba de lo demás. Mi poema “El mendigo distraído” contenía elementos de apelación directa, pero, tal como se señaló, le faltaba “poesía”. Sir Arthur Sullivan le puso una música que no tenía nada que envidiar a la de los organillos de feria. Todo el mundo podía hacer lo que quisiera con él, recitarlo, cantarlo, salmodiarlo, con tal de que los donativos y beneficios se ingresasen en la cuenta general —el “Fondo del Mendigo Distraído”—, que se cerró con alrededor de un cuarto de millón de libras.

* * *

Atareados sargentos de Ingenieros, en almacenes abarrotados, daban prioridad a mis telegramas. En el tren me guardaban el asiento los soldados británicos en mangas de camisa, y los del destacamento colonial, que no son precisamente dóciles, se peleaban por mi pequeño equipaje y me lo llevaban servicialmente. Y era persona gratísima en un hospital de Wynberg, donde las enfermeras habían descubierto que tenía facilidad para conseguirles pijamas. Un día le llevé un lote de pijamas a la enfermera que no era (me confundí con las capas rojas) y, como sabía que eran urgentes, le dije en voz alta: “Hermana, tengo aquí sus pijamas”. Y aquella vez no hubo agradecimiento ni amabilidad.

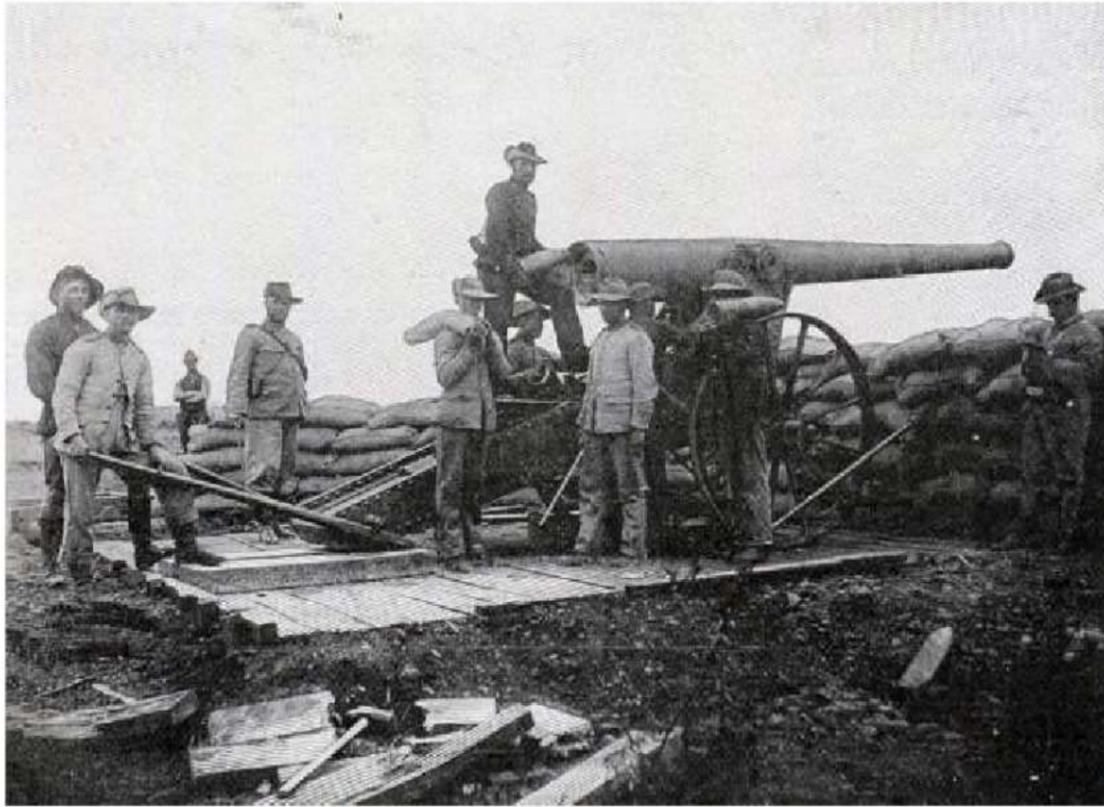
* * *

Fue excesivo el número de muertes por enfermedad, y buena parte de la responsabilidad fue nuestra, del descuido total, de la burocracia, de la ignorancia. Yo he visto a toda una unidad de caballería llegar al campamento a medianoche, con una lluvia torrencial, y que un idiota, para quitarse problemas, los metiera en un hospital de tifus que acababa de ser evacuado. El resultado fue que, al mes, había treinta casos más. He visto a hombres beber agua sin depurar del río Modder, pocos metros más abajo de donde se descomponían las mulas muertas; y la organización y emplazamiento de las letrinas se consideraba “trabajo de los negros”. El mando médico más importante de cualquier batallón debería ser el de Comandante Superior de Letrinas.

Al tifus había que añadir la disentería, cuyo olor es aún más nauseabundo que el de la carne humana en descomposición. Las tiendas de los enfermos de disentería se olían a kilómetros. Y no debe olvidarse que, hasta que llevamos allí las enfermedades, aquella tierra enorme, cocida de sol, era

un lugar antiséptico y esterilizado. Tanto era así que, con frecuencia, las heridas de máuser en el abdomen, si estaban limpias, sólo obligaban a pasar una semana sin tomar nada sólido.

En el campo de batalla



Artillería bóer.

El escritor estuvo en el campo de batalla durante la Guerra Bóer y no pocas veces arriesgó su vida. Esta experiencia lo puso en contacto directo con el horror y el sufrimiento de la guerra.

Así que tuvo que haber batalla, que se llamó la Batalla de Kari Siding. Participó en ella toda la plantilla del *Bloemfontein Friend*. A mí me destinaron a un carro que conducía un indígena y en el que llevábamos la mayoría de las bebidas. Me acompañaba un famoso corresponsal de guerra. Aquel inmenso paisaje pálido se tragó a siete mil soldados sin dejar rastro, a lo largo de un frente de once mil kilómetros. Por el camino vimos una fila de trincheras vacías, limpias, hondas, con el parapeto bien hecho en sentido contrario al de la metralla. Un joven oficial de la Guardia, recién ascendido

a mayor honorario —y bastante dolido con el periódico porque habíamos puesto “secundario”— las estudió con interés. Eran los primeros esbozos de los refugios subterráneos, pero tanto él como nosotros estuvimos un rato mirándolas. Los alemanes las habían diseñado *secundum artero*, pero el bóer había preferido el campo abierto al alcance de su jaca. Al final llegamos a una casa de campo, solitaria en mitad de un valle y en la que ondeaban, como mínimo, cinco banderas blancas. Detrás de la montaña se oían tiroteos y, de vez en cuando, un cañonazo. “Aquí”, dijo mi guía y protector, “nos bajamos y seguimos a pie. El conductor nos esperará en la casa”. Pero éste se negó, a gritos. “¡No, *sañor*. Ellos disparar. Ellos disparar a mí!” “Pero si han puesto banderas blancas por todas partes”, le dijimos. “¡Sí, *sañor*. Por eso mismo!”, respondió, y prefirió quedarse con sus mulas detrás de un barranco discretamente alejado, y allí esperar a que volviéramos.

En la casa —y enseguida se verá por qué doy tantos detalles— había dos hombres y creo que dos mujeres, que nos recibieron con indiferencia. Salimos luego a un desierto lleno de sol y de lejanías, donde de vez en cuando se oía un disparo aislado. Lo que menos me gustaba era la sensación de que tiraban a dar: de ser, como de hecho éramos, el blanco de aquellas balas. “¿Por qué nos disparan?”, le pregunté a mi amigo. “Porque creen que somos la Unidad Algo de Caballería Ligera. Que tendría que estar justo al pie de este monte. Recé por que la verdadera Unidad Algo se fuese a cualquier otra parte, como enseguida hizo, ya que los tiros a dar amainaron y un colono que andaba por allí, y que se moría de aburrimiento, se nos acercó con noticias de un frente lejano: ‘No, no pasa nada y no hay nadie a la vista’”. Entonces hubo más disparos y un acercamiento sumamente cauteloso al borde de un gran hoyo donde pastaban ovejas. Algunas de las cuales empezaron a caerse y a patalear patas arriba. “Eso es que los dos bandos están haciendo prácticas de tiro”, dijo mi compañero. “¿Calcula usted a qué distancia?”, le pregunté.

“A unos doscientos metros el más cercano. Eso es demasiado cerca, hoy en día. Nunca verá usted un tiro a menos distancia. Es imposible, con los rifles modernos. Nos quedaremos aquí hasta que se oiga algo mayor”. Los dos bandos hicieron un razonable intervalo para comer, interrumpido de vez en cuando por tiros de fusil. Entonces se oyó lo que sin duda era una granada; ridícula como el piar de un pollito en aquella inmensidad, pero que levantó mucha tierra. “¡Krupp del calibre 4 o 5 y a máxima distancia!”, exclamó el experto. “Todavía creen que somos la Caballería Ligera. A partir de ahora las lanzarán con cierta regularidad”. Y así fue, rigurosamente: cada veinte minutos o así, una granada se hundía en nuestra ladera. Seguimos esperando, sin ver nada en aquel vacío y oyendo sólo un ligero rumor, como el del viento en las llamas, que venía de distintos puntos de las montañas indiferentes.

Entonces empezaron los cañonazos. Desagradables proyectiles del 1, diez por serie (que se encasquillaban, por lo general, al sexto). En la tierra blanda, se hundían con ruido sordo. Contra las rocas, los proyectiles estallan y hacen un ruido como el chillido de los gatos cuando se pelean. Por primera vez, a mi amigo parecía interesarle aquello. “Si estos son sus cañones, Pretoria es nuestra”, diagnosticó. Miré detrás de mí —toda la extensión sudafricana hasta Ciudad del Cabo— y parecía muy lejos. Pensé que esa distancia la podría haber recorrido en cinco minutos, en circunstancias normales. Pero no con aquel fuego a conciencia detrás. Los cañones volvieron a disparar contra un escollo de rocas, para mayor esplendor de las granadas. Pasó a toda prisa, en menos de dos minutos, una fila de jacas con la cola muy pegada y los jinetes muy agachados. Y desaparecieron hacia el norte. “Nuestros cañones”, dijo el corresponsal. “Espero que sea Le Gallais. Ahora sí que no tardaremos”. El absurdo Krupp se pasó todo este tiempo rozándonos fielmente, a falta de la Caballería Ligera, y, si llega a tener un par de horas más, nos pudo haber herido a alguno. Entonces a la izquierda, casi a

nuestros pies, un pequeño bosque de la ladera se llenó de humo de nuestra metralla, como se llena de humo el bigote de un fumador. Fue de lo más impresionante y duró más de veinte minutos. Después hubo un silencio. Y movimiento de hombres y caballos que subían por nuestro lado de la montaña. Y desde el cobertizo al que habíamos estado disparando, empezaron a venirles ráfagas a ellos. Más jacas bóers pasaron por el horizonte; por fin unos últimos cañonazos a la derecha y un pequeño friso de lejanas jacas asustadas, ya fuera del alcance de los disparos.

Llamas, antílopes y leones

Una vez concluida la guerra, Kipling siguió viviendo un tiempo en Sudáfrica. Él y su familia llevaron la vida de los colonos británicos, enfrentando los problemas domésticos, pero también disfrutando de todo lo que ese fascinante lugar ofrecía. Una parte importante de su vida estaba ligada a los animales del lugar.

Cerca de la casa, había en una cuadra una llama que escupía, peculiaridad que nuestros hijos descubrieron enseguida. Pero no la conocían los otros niños que venían de visita. Así que, si les decían que se acercaran a ella y le gritaran, lo hacían... una vez. Porque os podéis imaginar lo que pasaba.

Pero el visitante que más nos llamaba la atención era un antílope africano de más de tres metros. Saltaba la verja, de casi dos de alto y se metía en el pequeño huerto de melocotones; como tenía los cuernos retorcidos, enganchara una rama repleta, la arrancaba de un tirón y se comía los melocotones, dejando los huesos, y saltaba otra vez la valla, ligero como un pájaro, camino de la montaña. Una noche, de vuelta a casa después de cenar, lo vimos al borde del jardín, gigantesco a la luz de la luna, y tuvimos que dar un rodeo de puntillas, descalzos por la tierra caliente y roja; porque sabíamos que, hacía unos días, los vigilantes le habían llenado de perdigones uno de los cuartos traseros por perseguir al cocinero de un vecino.

El acompañante de los niños cuando iban de paseo era un bulldog —*Jumbo*— de aspecto terrorífico y al que los bantúes le cedían siempre el paso. Corría la leyenda de que había mordido a un indígena y que, cuando lo soltó, llevaba un trozo de indígena en la boca. Solía echarse en cualquier sitio

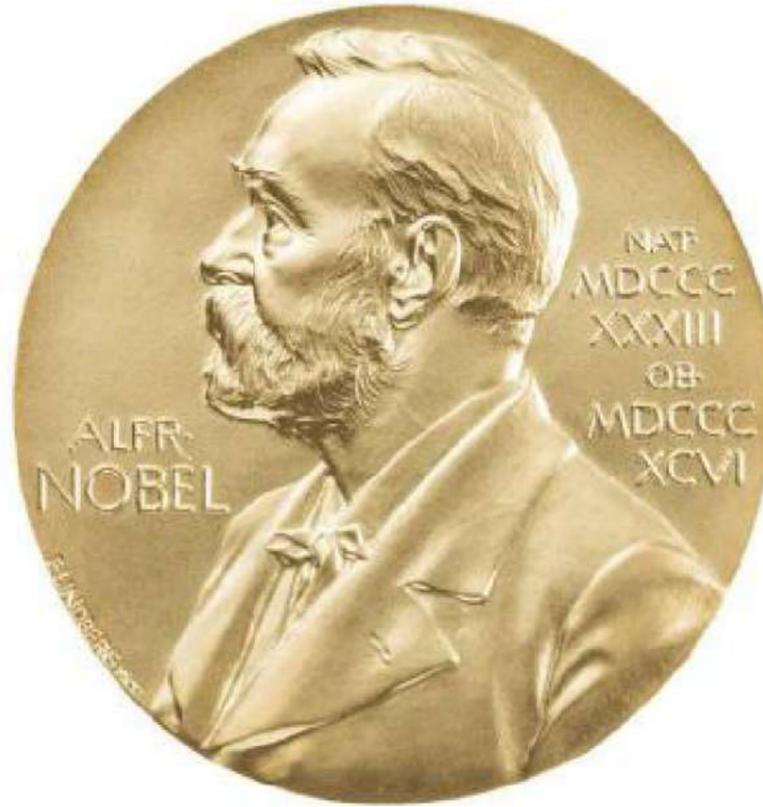
de la casa y, cuando alguien lo pisaba, se excusaba con bastante desprecio. Los niños le daban pan de pasas y, cuando se acordaban de que las pasas eran indigestas, se las sacaban una a una de detrás de los últimos dientes, mientras el perro tenía cuidado de dejar bien abiertas las fauces llenas de baba.

También un cachorro de león fue como de la familia, un invierno. Se lo habían quitado con palos de escoba a su madre, *Alice*, que había querido devorarlo cuando nació. Lo llevaron a "Groote Schuur", donde, aunque lo cuidó de mala gana una perra madrastra (le vería al cachorro, como es lógico, las uñas de felino), se quedó demasiado flaco. Mi mujer insinuó que podía recuperarse si se le cuidaba. "Estupendo", dijo Rhodes, "lo enviaremos a 'The Woolsack' y así podrá intentarlo usted". Vino a casa, con jaula de hierro forjado, madre adoptiva y todo. A ésta última la destituyó mi mujer, que salió a comprar guantes resistentes y los biberones más grandes que hubiera, y con ellos lo alimentó. A él le parecía muy bien el procedimiento y no paraba de chupar del biberón hasta que no quedaba ni una gota. Entonces se le daba unas palmaditas en la barriga, como si fuera una sandía, para asegurarse de que estaba llena, y a dormir. Así sobrevivió y creció en el cuarto que le pusimos de leonera, al que no dejábamos que entraran los niños, para que no le hicieran daño con sus caricias.

Cuando era más o menos del tamaño de un conejo grande, le salieron dientecillos y empezó a dar unas toses mínimas que él estaba convencido de que eran rugidos. Después tuvo raquitismo y me dijeron que fuera a ver a un especialista de Ciudad del Cabo, a ver si él lo curaba. "Demasiada leche", dijo el experto. "Denle caldo de cordero hervido, pero de verdad, hecho en casa, no de lata". Al principio ni lo probaba en el plato, pero mi mujer empezó a dárselo con el dedo y le despellejó el dedo. Le tiramos de las orejas y lo dejamos solo, con el plato, para que aprendiera los modales de la mesa. Se pasó la noche llorando y, al día

siguiente, tragó como un león y se recuperó de su enfermedad. Pasó tres meses a sus anchas con nosotros, sin parar de hablar consigo mismo mientras andaba de un lado para otro de la casa o del jardín, por donde perseguía a las mariposas. Se adormilaba en el porche, de orientación norte-sur, y yo lo veía mirar fijamente a la extensión africana. Siempre un poco retraído, pero dócil con los niños, que en aquella época iban casi sin ropa. Al irnos a Inglaterra, lo devolvimos en perfectas condiciones y estaba casi tan grande como un bull terrier, aunque un poco más bajo.

El Premio Nobel



Premio Nobel de Literatura 1907.

Rudyard Kipling fue el primer escritor británico en recibir el Premio Nobel de Literatura. Ello ocurrió en 1907. Los miembros de la Academia Sueca, responsables de otorgar el galardón, declararon que el reconocimiento se entregaba a Kipling “en consideración de su poder de observación, originalidad de imaginación, virilidad de ideas y un talento extraordinario para la narración que caracterizan las creaciones de este autor famoso a nivel mundial”. El escritor viajó a Suecia con su familia para recibir el premio.

Fue un gran honor, que yo no me esperaba en absoluto. Hubo que ir a Estocolmo. Cuando ya estábamos en alta mar, el viejo rey de Suecia se murió. Llegamos a la ciudad, blanca de nieve al sol, y nos encontramos a todo el mundo en traje de etiqueta, que es el luto oficial de allí, y que curiosamente

impresiona. La tarde siguiente, a los premiados nos llevaron para presentarnos ante el nuevo rey. En aquellas latitudes oscurece en invierno a las tres, y estaba nevando. La mitad de las grandes dependencias del palacio estaban a oscuras, porque era donde estaba el rey de cuerpo presente. Nos condujeron por pasillos interminables que daban a patios oscuros en los que la nieve blanqueaba las capas de los centinelas, la recámara de unos cañones antiguos y las balas amontonadas al lado. Enseguida llegamos a una zona más viva, ya con los pasillos y las salas encendidos, pero siempre con el silencio de aquella corte, un silencio único en el mundo. En un gran salón iluminado, el nuevo rey, con ojeras y la cara cansada, dedicó a cada uno las palabras propias de la ocasión. Después la reina, que llevaba un magnífico vestido de luto a lo María Estuardo, dijo también unas palabras. Y salimos precedidos por unos oficiales de la Corte que andaban sin hacer ruido, entre el silencio de las estancias, un silencio tan rotundo que a los oficiales se les oía el tintineo de las condecoraciones del uniforme. Nos dijeron que las últimas palabras del viejo rey habían sido “Que no se cierren los teatros por mí”, así que Estocolmo aquella noche disfrutó con moderación de sus placeres, muy callada la ciudad bajo la nieve.

No amanecía hasta a las diez, y uno se quedaba en la cama mientras afuera seguía oscuro y se escuchaba el brusco rechinar de los tranvías que llevaban corriendo a la gente a la jornada de trabajo. Pero el modo de vida de aquel país me pareció razonable, bien pensado y muy cómodo para todas las clases sociales en lo que respecta a la alimentación, la vivienda y otros aspectos menos vitales, pero no menos deseables, como es el caso de la atención prestada a las artes. Yo sólo había conocido a los suecos como emigrantes de primera clase en distintas partes del mundo. Al verlos en su tierra pude intuir de dónde les venía la energía y la franqueza. La nieve y el frío no son malos educadores.

Sobre mi mesa de trabajo



Estudio en su residencia de Bateman's, en Sussex, Inglaterra.

Como la mayoría de la gente que se pasa tiempo trabajando en el mismo sitio, siempre tuve objetos en la mesa, que era de dos metros y medio de norte a sur y siempre estaba abarrotada. Uno era una escribanía de esmalte, grande y en forma de canoa, llena de pinceles y de estilográficas que ya no usaba; en una caja de madera tenía clips y cintas; en una de lata, alfileres; en un cubilete, todo tipo de útiles inútiles, desde papel de lija hasta pequeños destornilladores. Había también un pisapapeles, que decían que había sido de Warren Hastings. Otros papeles tenían encima un oso marino pequeño, pero que pesaba, y un cocodrilo de cuero. Tenía una regla manchada de tinta y un enorme trapo de secar plumas que una criada a la que queríamos mucho me regalaba todos los años. Ésta era la guardia principal de mis pequeños fetiches.

Mi manera de tratar los libros, a los que consideraba herramientas de trabajo, era popularmente tenida por bárbara. Pero me ahorraba mis muchos cortaplumas y el dedo índice no me dolía. Algunos libros los respeté porque estaban en estanterías con llave. El resto, repartidos por toda la casa, se la jugaban.

A izquierda y a derecha de la mesa había dos globos terráqueos, en uno de los cuales un gran aviador había trazado una vez, con pintura blanca, las rutas aéreas al Oriente y a Australia, que ya eran más que normales antes de mi muerte.

Contenido

Llamada de reunión	
<i>Luis Bernardo Pérez</i>	5
Nota editorial	7
Primeros recuerdos.....	8
Vida en Inglaterra	10
La lectura	12
En casa de sus tíos.....	13
El museo	15
Acoso escolar.....	17
Regreso a la India	18
El joven periodista.....	20
Vida en la India.....	23
Como un joven caballo	25
De nuevo en Inglaterra.....	27
Los peligros de la fama.....	29
Los viajes	31
Australia.....	33
Nueva Zelanda	35
Su matrimonio.....	37
Nace <i>El libro de la selva</i>	40
Paseos en automóvil	42
La guerra de los bóers	45
En el campo de batalla	48
Llamas, antílopes y leones.....	52
El Premio Nobel.....	55
Sobre mi mesa de trabajo.....	57

La presente obra se liberó en la red durante abril de 2024.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

SEGUNDA TEMPORADA

11. Manual del “Pie Tierno” (3^a Clase),
Búho Blanco y Mowgli
12. Carta de Meztitla, Héctor Guisa (selección)
13. Los días de Paxtu. Crónica de la muerte
de Baden-Powell, Glenn Gardner
14. Algo de mí mismo, Rudyard Kipling
(selección de Luis Bernardo Pérez)
15. El uniforme scout, César Macazaga Ordoño
16. La Jamboree de Holanda. Memorias
de Vogelenzang, 1937, Alejandro J. Zarzar Sabag
17. Antología mínima del Boletín Tlatoani 1,
Ignacio González Siller (selección)
18. Falda con charreteras. Aproximaciones
al escultismo mexicano en femenino,
Arturo Reyes Fragoso
19. 40 años de escultismo en Monterrey,
Enrique Lobo Quiroga
20. Rock con pañoleta. Letras del grupo Nudo,
Eduardo Sáenz Pablos



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx